

Hoy escribe JAIME GUZMAN

Proliferación de grupos políticos

LA multiplicidad de grupos y movimientos políticos surgidos últimamente ha deconcertado a la opinión pública. Sin embargo, a mi juicio, el fenómeno tiene de dulce y de graso.

La proliferación de grupos políticos dignos de ser considerados resulta obviamente excesiva, mirada con los criterios de una futura plenitud democrática. Distinto me parece enfocarla considerando la etapa de transición política que vivimos.

En efecto, cierto es que la existencia de pocos y grandes conglomerados políticos constituye uno de los requisitos y pilares básicos para una democracia estable. Ese ha de ser el objetivo al cual apunten no sólo los esfuerzos de la dirigencia política chilena, sino también las leyes electorales que se promulguen. Sólo así el buen sentido popular se impondrá sobre el caudillismo o la atomización fraccionalista que caracterizan la mayor parte de nuestra historia cívica.

No obstante, el camino hacia esa meta puede transitar a través de un período intermedio de mayor fragmentación sin que ello impida el objetivo señalado y, por el contrario, quizás enriqueciéndolo mientras el proceso se decanta.

PIENSO que la actual proliferación de agrupaciones política —exceptuados ciertos excesos irrelevantes— es un índice de los profundos cambios experimentados por Chile en la última década y cuyos antecedentes se remontan incluso a los años previos a 1973.

Son tantas y tan profundas esas transformaciones políticas, económicas y sociales, que resultaría anacrónico pretender reeditar el mismo cuadro político-partidista existente hace una década. La sola perspectiva de que ello pudiera ocurrir ha sido tal vez uno de los factores más frustrantes de la reciente apertura política.

Por el contrario, la variedad de grupos políticos emergentes revela la búsqueda de nuevos cauces —y la re-



formulación de algunos antiguos— que domina casi todo nuestro espectro político. Por mucho que se pretenda negar, ello demuestra que este decenio de gobierno militar ha calado hondo y no ha transcurrido en vano.

Tras diez años de receso político, una ciudadanía que mayoritariamente ya no reconoce antiguas disciplinas ni lealtades partidistas, unida a una juventud que no alcanzó a tenerlas, observa o actúa hoy con gran independencia, procurando esos nuevos derroteros que la interpreten hacia el futuro.

“Tras esta etapa de transición, sólo prevalecerán los grupos políticos que por su calidad de ideas o por la cantidad y significación de sus adherentes tengan real validez”...

986
420
983

Veo en ello una gran oportunidad para que en una transición gradual hacia la plena democracia se planteen y debatan ideas de modo más objetivo y desapasionado que en el clima necesariamente simplificador y emocional propio de los períodos preelectorales.

De ahí lo penoso de que tal oportunidad pudiere frustrarse por el predominio de la argucia descalificatoria, de la desfiguración del pensamiento adversario o de la repetición de consignas que sólo trasuntan resentimiento o ambición de poder.

DEL nutrido panorama de grupos políticos actuales, sólo prevalecerán los que por su calidad de ideas o por la cantidad y significación de sus adherentes tengan real validez política. A ellos se plegarán, sin duda, los actuales movimientos regionalistas, sobre la base de que esos futuros partidos de estructura nacional conformen cauces unitarios de las distintas tendencias políticas y recojan la gravitación regional que aquéllos justificadamente reclaman.

Para eso, lo principal es poner desde ya el interés de Chile por encima de cualquier bandería, acentuando más las concordancias que las divergencias entre los grupos existentes. Y un buen expediente al efecto puede ser el de levantar los planteamientos hacia visiones claras e integrales de futuro. Acaso de ahí broten los esquivos consensos respecto de nuestro presente más acuciente.